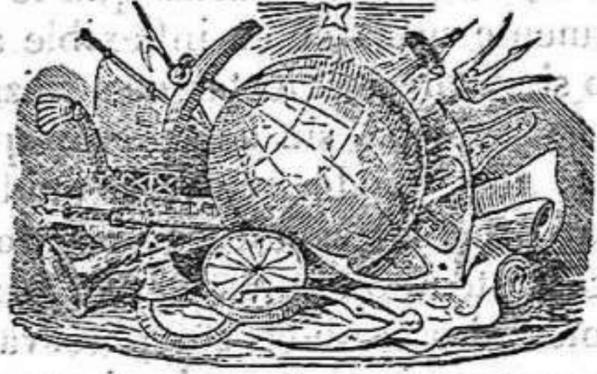


ALMA MATER



DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

DOMINGO 17 DE OCTUBRE DE 1841.

ESTUDIOS HISTORICOS

SOBRE DON FRAY BARTOLOME CARRANZA DE MIRANDA,

ARZOBISPO DE TOLEDO EN TIEMPOS DE FELIPE II.

ARTICULO 2º

Halló el viajante dominicano nombrado Inquisidor general al cardenal Tavera, por muerte del arzobispo de Sevilla. Al presentarse á él en Valladolid, oyó de su boca los mayores elogios de su conducta en el capítulo general: las noticias de Roma encarecian sobremanera el mérito de Carranza. No le faltaron ocasiones de desplegar sus conocimientos, porque su cátedra, á todas horas concurrida, estaba llena de hombres eminentes que anhelaban escuchar sus curiosas esplicaciones sobre el dogma y sus eruditos comentarios sobre las Escrituras. Los libros mismos de los protestantes le proporcionaban armas para defender su ilustrado catolicismo; y de los escritos de Lutero y de Melanchton sacaba argumentos originales para apoyar la legitimidad de la silla de San Pedro. Pero, si su reputacion se acrecentaba con el combate y el estudio, si su nombre era citado con autoridad en la corte, el corazon de Carranza padecia en silencio porque abrigaba dudas sobre puntos secundarios que alteraban la pureza de su obediente doctrina. Los recuerdos de Roma

entibiaban la ciega veneracion que habia profesado hasta entónces al pontificado; pues si bien no habia visto los escándalos y corrupcion que exageraban los hereges, no habia hallado tampoco aquel celo constante y vivo, aquella ilustrada severidad, aquella abnegacion de intereses mundanos que eran en su entusiasta idea las indispensables cualidades de la aristocracia eclesiástica. Por otra parte, al examinar las consultas diarias que le pasaba la Inquisicion, al considerar cuan rápidamente subia en su inflexible ardor el Santo Tribunal, preguntábase á sí mismo si era necesario tal encarnizamiento entre cristianos; olvidando los excesos de la reforma, sin considerar que solo una reaccion violenta en las cosas y en las ideas podia salvar la unidad católica de los golpes de la heregía. Al calificar procesos religiosos, guiado únicamente por su moderacion y mansedumbre, estendió alguna vez su parecer razonado, pero indulgente, viendo con dolor desatendidas sus observaciones. Mas severo en la censura de libros, porque conocia el peso de ciertos argumentos en las imaginaciones frívolas, impidió la circulacion de muchas obras que, bajo su aparente sencillez, encerraban el gérmen de errores transcendentales.

La pureza de sus costumbres le atraia el respeto de los inferiores y la consideracion de los prelados. Su caridad, ejercitada en secreto constantemente resplandeció en el otoño de 1540 que precipitó enjambres de hambrientas familias sobre la ciudad, buscando alimento en la espantosa carestía. Perdióse completamente la cosecha de granos en las montañas de Santander y de Leon, y los infelices habitantes bajaban en desordenado tropel á las llanuras, inundando las calles y las plazas de Valladolid. Bartolomé Carranza entónces hizo recoger cuarenta personas en su colegio, y valiéndose de su prestigio, pasaba el dia entero mendigando en favor de los indigentes emigrados. Su constitucion no pudo sufrir tan estremada fatiga, y la calentura le postró en cama sin abatir su ardiente caridad. Privado de todo recurso porque lo habia dado todo, hizo vender sus libros para repartir entre los pobres su producto, reservándose solo la suma de Santo Tomas y un ejemplar de la Biblia.

La concurrencia á sus sermones públicos era siempre estremada en las iglesias á que asistia. La notable elocuencia con que esponia sus opiniones, la claridad de sus palabras, y la pureza de su elocucion le daban un lugar distinguido entre los primeros oradores de su tiempo. En el auto de fé que se celebró para quemar por luterano á Francisco San Roman hijo del alcalde mayor de Bribiesca, famoso por su impenitencia obstinada, predicó Carranza con enérgico vigor en medio de la plaza silenciosa, ante un pueblo exaltado por el fanatismo, que se apiñaba en torno de la terrible hoguera. Corria el año de 1542, y el sermón del dominicano aplaudido por la muchedumbre, admirado por los doctores, valió á su autor alta reputacion de inflexible severidad. Viósele desde entónces asistir á estos actos animado de fervor religioso, contra las tendencias de su carácter pacífico y sus ideas naturalmente conciliadoras.

Reunido por aquel tiempo el consejo de las Indias, y presidido por Fr. García de Loaisa, arzobispo de Sevilla, nombró obispo de Cuzco al afamado dominicano. Encargado de participarle su eleccion, partió á Valladolid el conseyero D. Juan Bernal de Luco con ámplios poderes para alargar su permanencia. Era el obispado de Cuzco la primer dignidad de las Indias occidentales, y sus rentas, cada vez mas pingües, bastaban á saciar la codicia ó la ambicion de los mas altos prelados. Carranza sin embargo no aceptó: satis-

fecho con su vida modesta y estudiosa, respondió al mensajero que estaba pronto á marchar á América, si se lo mandaban, á predicar entre los indios, ó á convertir los salvages habitantes de los bosques; pero que no sintiéndose con fuerzas para llevar el carácter de obispo ni el cargo de almas, no podia admitir la alta dignidad que le ofrecian. En vano le instó Bernal; sin alcanzar otra respuesta volvió al Consejo que admitió pesaroso la renuncia.

Luchaba entretanto Carlos V en Alemania por contener los progresos de la reforma. Desde la dieta de Augsburgo se habia aumentado considerablemente el número de los protestantes, tomando una actitud hostil hácia el catolicismo. Ni súplicas ni amenazas conmovieron á los fanáticos sectarios ni á los príncipes á quienes abria la nueva doctrina ancho horizonte para su ambicion: las intrigas de la Francia y la invasion del sultan en Hungría á la cabeza de trescientos mil turcos, forzaron al gefe del imperio á concluir un armisticio con los disidentes, que puede considerarse como la primer tregua religiosa de Alemania. Disipado el peligro, origináronse dificultades sobre la interpretacion del convenio de Nuremberg: y la liga de Smalkade, renovada por los reformistas, y la actividad de su caudillo el landgrave de Hesse haciendo las tropas austriacas en Lauffen, trajeron por mediacion del duque de Sajonia y del elector de Maguncia la forzada tregua de Cadan. Los luteranos adquirieron una tolerancia interina de que no podian gozar, segun el testo mismo del tratado, ni los sacramentarios ni las demas sectas que sostenian dogmas contrarios á la iglesia católica, particularmente los anabaptistas que, estableciendo su república en Munster, habian cometido cuantos excesos pueden producir la mas desenfadada licencia y el mas estravagante fanatismo.

En la dudosa quietud que siguió al convenio de Cadan, la muerte del elector de Brandeburgo y del duque de Sajonia, la proscripcion del de Brunswick despojado de sus dominios por la liga de Smalkade, y la abjuracion del elector-arzobispo de Colonia que habia abrazado el nuevo culto, quitando columnas firmes á la santa sede, habian reforzado con poderosos miembros la comunión luterana. — Por otra parte, siempre habia considerado el emperador las concesiones que le hiciera como expedientes necesarios en el estado de Europa: su apego á la religion de sus mayores y su interes como rey de España y de los Países-bajos impulsaban á Carlos á restablecer á toda costa el culto católico: su genio era hábil y previsor, pero la empresa difícil. Viendo en el ejemplo de lo pasado el mal éxito de las medidas violentas, recordando que la persecucion habia reunido á los protestantes, resolvió obtener por medio de una política templada y firme lo que ya no podia alcanzar por el terror. Persuadiendo á los cismáticos que un concilio universal decidiria imparcialmente todas las dudas; luchó enérgicamente contra los católicos celosos, que rechazaban cualquier especie de avenencia. Sus instancias decidieron despues de mil dificultades é intrigas á Paulo III. Resolvióse que se convocaria un concilio universal en Trento, y la posicion de esta ciudad en el Tirol, sobre el confin de los estados austriacos, daba á Carlos V notable influencia en las decisiones de la asamblea. Suspendióse la apertura hasta el año 1545, en que, concluido el tratado de Crespy con Francisco I, se obligó este monarca á ayudar con todo su poder al emperador para la estirpacion del cisma de Lutero, y á sostener el concilio que se iba á convocar. Negociando al mismo tiempo conferencias públicas entre los doctores de ambos partidos, emprendiendo negociaciones separadas para romper la union de los protestan-

tes, apercibióse Cárlos V á echar en la balanza todos sus recursos, para hacer respetar los decretos eclesiásticos.

Deseando levantar el principio católico y darle una influencia decisiva, cuidó el emperador de señalar los hombres mas doctos de España é Italia para asistir al célebre concilio. Bartolomé Carranza fué nombrado uno de sus teólogos, y partió en abril de 1545 para Trento. En tres años de trabajos continuos, tratando siempre con los miembros mas ilustres de la iglesia romana, advirtió el fraile con asombro la mudanza que los años de ausencia habian producido. Notábase un gérmen de reforma disciplinar, de actividad religiosa que habia de dar con el tiempo sazonados frutos; y los hombres mas eminentes comenzaban ya á conocer que era necesario salir de la inaccion para detener los progresos de la reforma. Tomando buena parte en el movimiento comun, Carranza asistió á todas las congregaciones, desempeñando delicadas comisiones de los legados pontificios, y respondiendo á las consultas del embajador de España. En estrechas relaciones con el cardenal D. Pedro Pacheco, decano de los prelados españoles que al concilio asistian, predicó á instancias suyas en la parroquia de San Lorenzo sobre la materia de justificacion. Sus doctrinas poco exageradas le valieron universales elogios. Publicó en Roma, el año de 1546 una obra titulada *Suma de los concilios*, é imprimió en Venecia sus *controversias teológicas*; el año siguiente dió á luz un tratado *De la residencia de los obispos*. Este libro provocó la envidia y el resentimiento de muchos prelados: levantáronse sus émulos para censurar las severas proposiciones, y en su órden misma penetró la desconfianza: fray Ambrosio Catherino Polo impugnó la obra con notable acritud, y fray Domingo Soto, dominicano como él, la defendió con solícita vehemencia.

Encontraba entretanto el concilio imprevistos obstáculos á sus religiosos deseos. Habíase verificado su reunion bajo los mas favorables auspicios. El emperador, tranquilizado por el tratado de Crespy, desechó toda inquietud con la tregua de cinco años concluida entre su hermano, como rey de Hungría, y Soliman el magnífico, sultan de Constantinopla: al mismo tiempo se obligó el Papa por medio de un tratado á auxiliarse con trece mil hombres y un subsidio considerable, prometiéndole ademas apropiarse la mitad de las rentas eclesiásticas de España é hipotecar bienes de la iglesia por valor de quinientos mil ducados. Los extraordinarios armamentos de Cárlos V, las amenazas mal disimuladas de Roma y los primeros actos de la congregacion de Trento despertaron de su letargo á la liga protestante que, sacando inesperadas fuerzas de su humillacion misma, y obrando con vigor y acuerdo inesperados, levantó un formidable ejército que puso en grave peligro la suerte del emperador. Desplegando tanta habilidad como valentía en su posicion azarosa, Cárlos encadenó á su carro la fortuna. La extrema rapidez de sus movimientos le dió pronto incontestable superioridad; y la completa derrota del elector de Sajonia y la sumision del landgrave de Hesse acabaron de deshacer la imponente liga de Smalkade. — Pero en el apogeo de sus triunfos, suscítáronsele dificultades de donde ménos las temia. Bajo pretesto de una enfermedad contagiosa, hizo trasladar el Papa á Bolonia el concilio de Trento, mientras que los padres pertenecientes al partido del emperador no levantaron sus sesiones. Acrecentóse el disgusto por las contestaciones que escitó la soberanía de Parma y Plasencia; y cada vez mas irritado, desechó Paulo III todas las proposiciones de Cárlos V, negándose á dejar en Trento un concilio cuyo único objeto era la estirpacion absoluta de la comunión luterana.

Habia convocado el emperador una dieta en Augsburgo ante la que espuso los esfuerzos que habia hecho para terminar las querellas religiosas; y refiriendo las contestaciones con el Papa, propuso á ambos partidos que hasta la nueva convocacion del concilio general le nombrasen árbitro para decidir las diferencias. Su moderacion le atrajo universal apoyo, y entónces, con ayuda de dos obispos católicos y Agrícola, teólogo luterano, compuso un formulario de veinte y seis artículos, casi en todo conforme á la doctrina de la iglesia romana, históricamente conocido con el nombre de *interim*. El punto de la enagenacion de bienes eclesiásticos quedó sin mencionar; pero permitióse á los protestantes recibir la comunión bajo ambas especies, y á los sacerdotes casados ejercer su sagrado ministerio; aunque estas concesiones tenían el carácter de revocables por un concilio general. Inútilmente sometió Carlos V este proyecto á la aprobacion del Papa, y al leerlo en la dieta, se avinieron ambos partidos con repugnancia porque á ninguno satisfacía semejante transaccion. Pero la energía del emperador hizo consentir á todos los gefes, y los ejemplos severos de Ulm, Constancia y Estrasburgo sofocaron en su origen la resistencia de las ciudades imperiales.

Tal era el estado de la lucha religiosa, cuando disuelto el concilio de Trento, regresó Fray Bartolomé Carranza á su convento de Valladolid. De vuelta de las córtes de Aragon habia establecido su casa el príncipe de Asturias á uso borgoñés para asistir al matrimonio de su hermana María con Maximiliano de Austria. Deseoso de felicitar á su padre por su completo restablecimiento y sus recientes victorias, partió Felipe hácia los Países-bajos. Esperábanle las galeras en Colibre, puerto del Rosellon, y desde allí escribió á Carranza para que como confesor le siguiese en el camino: avisábaselo tambien el emperador desde Alemania, pero el dominico reusó tan señalado puesto alegando su insuficiencia y escusándose con el estado de su salud. Carranza temia las intrigas de la corte y las penalidades de una vida bulliciosa de que su modestia y sus gustos pacíficos le apartaban.

Nombróle despues Carlos V obispo de Canarias y, no obstante el empeño de sus compañeros, desechó tan alta dignidad. Elegido prior de San Pablo por los dominicanos de Palencia, aceptó con satisfaccion este cargo tan humilde en comparacion de las desatendidas prelacías; allí en medio de un concurso numeroso, apiñado en las estensas naves, esplicó la epístola del apóstol á los Galatas con grande copia de erudicion y admirables recursos de elocuencia.

Años atras habia muerto el cardenal Tavera, arzobispo de Toledo é Inquisidor general, sucediéndole en el último cargo el prelado de Sevilla cardenal Loasia, presidente de Indias y comisario de Cruzada; al paso que heredó su dignidad arzobispal D. Juan Martin Silicéo, obispo de Cartagena, preceptor un tiempo del príncipe D. Felipe. No perjudicó á Carranza la eleccion, porque el nuevo prelado, reconociendo su mérito, le dió repetidas muestras de deferencia y afecto singular; miéntras mas estudioso cada dia, encerrábase en su monasterio el dominicano para examinar á la luz de la crítica las exageradas obras de los doctores herejes.

Reunióse el año de 1550 el capítulo de Castilla en Santa Cruz de Segovia para nombrar provincial. Recayeron los sufragios en Carranza que, partiendo inmediatamente á la visita, preparóse á cortar de raiz envejecidos abusos. Su celo reformó los errores que notaba, y corrigió el descuido con que se observaban las leyes en las fundaciones de aniversarios, misas y su-

frajos por las almas del purgatorio. — Habia muerto entretanto Paulo, y Julio III ocupaba la cátedra de san Pedro.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

## DOLORES DE CORAZON.

Dichoso mil veces el que con el corazon limpio de polvo y paja se entretiene dulcemente en escribir alguna historia divertida, contando á sangre fria dolores ó placeres, sin que ni los dolores le cuesten una sola lágrima, ni los placeres le hagan cambiar la estóica severidad de fisonomía que debe reinar en el autor aplicado á su trabajo, por la mas lijera sourisa ni por la mas pequeña muestra de gozo interior. Dichoso mil veces el que no tiene ojos mas que para ver como ha de ir empedrando con letras el papel blanco que tiene delante, ni alma mas que para, atándola en la punta de la pluma, evitar de este modo los trascendentales peligros de los errores ortográficos. Dichoso, pues, yo, que me encuentro, ni mas ni ménos, en este estado de deliciosa calma, en que tanto se me dá por lo que vá, como por lo que viene; gracias á que ya se me ha dado mucho por lo que fué y por lo que vino, ó gracias á otra cualquier cosa, que eso ni me importa á mí, ni mucho ménos á otro. Bendita sea la facultad que el hombre tiene de escribir, que si á esto añade el ser buen pendolista, pocas felicidades andan por la tierra, ni comparables siquiera, con las que proporciona una bien entendida caligrafía, que para ser bien entendida, ha de considerarse como la fórmula de una condensacion física de todas las vaporosidades morales que nublando el alma, acabarian por hacer inútil toda la luz que Dios la dió á no irse destilando y escurriendo desde la cabeza, por el brazo derecho, ó por el otro, si el que escribe es zurdo, mal pecado, hasta venir á dar (¡quién lo diria!) en un trozo de papel donde quedan gravadas y sujetas, en castigo de lo que al alma incomodaron, y para que no vuelvan otra vez á incomodarla. Bendito, pues, yo, que aunque no completamente feliz, porque me falta lo de buen pendolista, al fin y al cabo escribo como Dios me da á entender, y desaguó la cabeza de una porcion de vaciedades, que maldito si podrian servirme para otra cosa mas que para atolondrarme, á no poder yo darlas salida, maldiciéndolas de buena fé, y entregándolas sin misericordia ninguna al brazo seglar de jente estraña, que no las ha de ver con peores ojos que yo, ni las ha de aborrecer con mas malas entrañas que las mías, donde se enjendraron á fuerza de dolores, torciéndolas con tormentos, abrasándolas con llantos, y desentrañándolas á purísimos quebrantos, hasta dejarlas como ahora están mas muertas que vivas, con tanta y tanta pena.

Verdad es que no tengo yo nada que escribir que sea cosa de contar, pero no es esencial que lo que se escriba haya de ser cuento, y muchas veces, como ahora, se vienen á la punta de la pluma una porcion de palabras, salidas yo no sé de donde; y encaminadas adonde tampoco sabe nadie, y no hay otro remedio sino que entre todas ellas vienen á componer, por ejemplo, un artículo de periódico, destinado acaso á fastidiar á todo el que le lea.

Huyendo yo este inconveniente voy á hacer todo lo posible por no divagar mas, dando á mis ideas una forma que las haga parecer tales, aun cuando

bien sabe Dios, que yo creo que no son ideas, ni quien tal pensó. Hay que saber que yo me hallo en este momento bajo la maligna influencia de una porcion de penas tan largas ellas de contar, como corto ha sido el tiempo que yo he empleado en proporcionármelas para mi uso, y sabido esto, sabida está la causa de habérseme ocurrido la idea de pasar revista á todos los dolores de corazon de que se me ha quejado por ahí infinidad de jente.

Entre estos dolores de corazon los hay de todas especies y tan diferentes como lo son entre sí las personas á quienes se los he oido contar, ó en quienes los he observado, porque tambien hay jente á quien se la funde el corazon á fuerza de retortijones sin decir esta boca es mia.

De este género, y perteneciente á los dolores observados por mi, fué el dolor de un criado que yo tuve, que de la noche á la mañana se me ahorcó de una viga de su cuarto, dejándome ántes toda mi ropa bien cepilladita en la cómoda, y las botas lustrosas como espejos, allí en el mismo cuarto en que acabó con sus dias, indudablemente apénas hubo concluido de limpiarlas, porque tenia el cadáver la cara llena de unto, y por consiguiente negra de haberse llevado á ella en el dolor de la agonía las manos que acababan, llenas de vida, de hacerme el último servicio, en aquella época mas necesario que ahora porque no habia botas de charol. Por lo demas yo supongo que mi buen criado tendria sus razones para tomar partido tan desesperado; pero por mas que no sin motivo pueda culpárseme de mal observador, no puedo menos de confesar que yo no sé cuales fueron. La hija de un portero de esos que hay en los tribunales, que vivia en la misma calle que yo, dijo á una criada de mi casa que el pobre Manuel habia sido víctima de las preocupaciones de la sociedad, porque se habia enamorado de ella, sin pensar en la desigualdad de clases que los separaba, pero que ella no tenia la culpa, porque asi se lo habia dicho mil veces. Yo no sé si esto seria cierto, pero si asi fué, y es esta la causa de aquel prematuro suicidio, tan dolor de corazon es el que sufrió mi pobre Manuel, como otro cualquiera. De lo que yo estoy seguro es de que no se suicidió por mal de cabeza, porque tenia poca, y esa poca, durá y bien afianzada á los carrillos por unas patillitas estrechas, si, y cortas porque no le pasaban de la perilla de la oreja, pero semicirculares, y que en redondo le cerraba cada una una mejilla.

El segundo dolor de corazon que he observado me hace llorar todavía, pero á la verdad que ese dolor mas es mio que ageno, porque en quien debia sentirle y en quien yo le supongo, creyo yo que no hacia mella ninguna, pero son difíciles de averiguar los secretos del corazon, y no seré yo seguramente, quien asegure redondamente nada que tenga que ver con los que se llaman sentimientos. Lo cierto es que yo he visto á una muger jóven, que llevaba en los brazos un niño de dos ó tres años, muerto. Iba por un camino y yo la encontré poco ántes de llegar á un pueblo. Ella iba en direccion opuesta á la que yo llevaba, es decir que iba de viage-adónde? Yo no lo sé. Cuando me dijo que aquel niño, cuya inocente cabeza era una de las mas angelicales que yo he visto en niño alguno, cuando me dijo que aquel niño era su hijo, sin saber yo mismo lo que hacia, tiré al suelo todo el dinero que llevaba, y haciéndoseme los ojos fuentes de lágrimas, hube de aplicar, en medio de la convulsion que aquella pena produjo en mí, con tanta fuerza las espuelas á mi caballo, que en menos de un minuto, él desbocado dió con la cabeza en una cruz de piedra que habia á la entrada del pueblo, y allí mismo quedó muerto, y el dolor físico de la caida vino á sacarme á mí de la penosa

abstraccion á que me habian conducido aquella madre pobre y aquel hijo muerto.

Un amigo mio, hablando conmigo un dia de las penas que sufre el corazon cuando da en tener buenos sentimientos, me pintó tan al vivo los dolores que sufrió en este mundo un hombre sensible que por desgracias particulares se vió precisado á vivir largo tiempo en una casa de postas, que no puedo ménos, al hablar de dolores de corazon, de repetir aqui algo de lo mucho que mi amigo me dijo acerca de los sufrimientos de aquel infeliz. Yo no sé si lo que voy á contar será verdad, porque mi amigo apesar de ser hombre grave y de conciencia, es bastante dado á inventar cosas para entretener el tiempo hablando, que es su delicia, pero de todas maneras yo creo á pies juntillas todo lo que cuentan, y seré el primer engañado si lo que voy á escribir no es cierto. Despues de haberme, mi amigo, dado una idea clarísima del carácter del hombre cuyas desgracias me contaba, idea que yo no daré á mis lectores, porque no tengo tiempo para escribir con asiento, como ya lo deben haber conocido; despues de haberme hecho comprender perfectamente que el hombre de la historia era en extremo sensible, hasta el punto de contraer amistades íntimas, lo que se llama relaciones amorosas, y en fin toda clase de afecciones, en un segundo; despues de haberme hecho hasta llorar, contándome mil sentimientos que este hombre habia tenido en este mundo de resultas de la prontitud con que tomaba cariño á las personas, empezó por fin á decirme lo que él sabia de los últimos padecimientos de aquel hombre, víctima desgraciada de la simpatía.

Yo no sé por que pasos vino á verse precisado á vivir en una casa de postas. La ausencia es lo que mas se parece en el mundo á la muerte, y entre las lágrimas que nos arranca un objeto querido al separarse de nosotros para siempre cuando se muere, y acaso para siempre cuando se marcha léjos de nosotros, hay tan poca diferencia, que las mismas punzadas de cariño son las que hacen llorar por el muerto que por el ido, y el mismo tiempo pasa por unos que por otros, para que al fin venga á ser cierto el consolador refran que dice-á muertos y á idos, ya no hay amigos.

Los corazones mas fuertes no pueden resistir ni á la muerte ni á la ausencia. ¿Que seria, pues, lo que pasaria en el corazon de nuestra historia, cuando alguno de estos sentimientos le atormentase? La suerte enemiga le habia puesto ademas en el teatro de las ausencias, en una casa de postas, y alli estaba encantado sin que nadie haya sabido porque estaba alli, donde forzosamente con tantos padecimientos la muerte le habia de coger entre sollozos y amarguras. La llegada de un viagero en esas altas horas de la noche, en que todos sentimos cierta inesplicable ternura melancólica sin saber hácia que objeto, al sentir las campanillas de las mulas de un carruage y el chasquido del látigo de un mayoral; la llegada de un viagero á la casa de postas y á tales horas, le hacia á nuestro desgraciado héroe abandonar su lecho, y si por una desgracia el caminante solo paraba para mudar de tiros, entónces llorando y al trote le seguia hasta que rendido quedaba en el camino lamentando la ausencia de personas á quienes apenas habia podido ver.

Si los viageros paraban á comer ó á cenar en aquella posada, entónces el dolor de este infeliz era tanto mayor cuanto que tenia que contenerle hasta cierto punto dentro de su pecho lastimado, porque de lo contrario la casa de postas se hubiera convertido en un lugar de gemidos escandalosos, y tanto al parecer era el temor que de esto tenia el desdichado, que muchas veces al co-

menzar una esplosion de ternura, se reprimia de repente comenzando á sudar á chorro, que no era aquello sino llorar por todo el cuerpo, poniendo los ojos en blanco con muestras de la mas exquisita ternura y del mas lamentable dolor. No por eso sin embargo dejaban de pasar escenas dolorosísimas en que este ser amante, arrastrándose de rodillas por el suelo, abrazando las piernas ya de uno, ya de otro viajero, les pedia por todo lo que mas quisieran en este mundo que no le abandonasen asi. Como nadie viaja sino con algun objeto que le lleva á alguna parte, no encontraba este infeliz ni un solo corazon que le comprendiese.

Cuando con las lágrimas en los ojos y apretando la mano del que se disponia para irse, le decia con una voz cortada por los suspiros:

— Ah! Créame V. querido amigo! querido amigo de mi alma! No se vaya V. ¿Quiére V. hacerme desgraciado? Ah! no lo merezco! por Dios, no se vaya V. así!.....

Cuando hablaba asi solian tomarle los pasajeros por uno de esos hombres de buen humor que se encuentran en los caminos, haciendo mil majaderías que parecen gracias, y cada uno segun su carácter ó seguia la broma, diciendo que de ninguna manera podia él abandonar á quien tanto le queria, y á lo mejor desaparecía para nunca mas volver, ó bien recibia con sequedad estas supuestas bromas, y de ambos modos se partia en mil pedazos el corazon de este hombre interesante.

Otras veces prorumpia por fin en lamentos agudos y en voces capaces de enternecer á los cercanos montes, y entónces era rechazado como loco.

Esto mismo, aunque con menos exageracion, les sucede en el mundo á los corazones que sienten mucho, que están muy cerca si no tratan de moderarse, de llegar al estado de abandono en que continuamente se encontraba el corazon de este hombre lleno de amor, probablemente nacido para un mundo sin mas quehaceres que los del cariño, y llovido en otro donde todos somos negociantes y gente de ocupaciones.

Por supuesto que el tiempo que no pasaba este infeliz en el dolor de las despedidas, le pasaba en la amargura de los recuerdos. Habian quedado gravados en su corazon al pié de treinta mil nombres de otros tantos viajeros, con la misma claridad y ternura que en uno de los nuestros pueden gravarse unos pocos, y andaba siempre cuando estaba solo, hablando solo y recorriendo sitios diciendo:

— Aqui daba la sombra de fulano — Aqui se encuajó la boca por última vez citano — Aqui por última vez se sonó las narices fulano, etc., etc.

En fin, asi iba recorriendo en su imaginacion los treinta mil nombres que van dichos, uniendo á cada uno treinta mil ideas tan tristes, como al parecer desatinadas, que por desgracia lo mismo que en este hombre raro, son tambien en nosotros los hombres vulgares, la fórmula mas dolorosa de la ternura.

Asi vivió algun tiempo este hombre, mártir de sus sentimientos, hasta que al fin uno de ellos dió con él en el sepulcro. Lo mas raro de esto es que este hombre nunca se enamoró. Yo despues de haber examinado con atencion éste que al parecer es un fenómeno extraordinario en una naturaleza tan amante, he venido al fin á caer en que efectivamente un hombre como este no podia enamorarse por falta de tiempo. Ademas, el que ama á una muger es porque detesta y desprecia, á medias, á todos sus hermanos.

El último dolor de corazon de que hablaré en este artículo, es el dolor de corazon con que le concluyo aqui, como podia darle fin por otro punto.

**EL ALMA DESTERRADA.**

LEYENDA POR ANA MARÍA,

*traducida del frances por D. E. DE OCHOA.*

## IV.

**A** dónde vá? se dicen unos á otros en voz baja. ¡ Ah! ¿quién sabe? Acaso la desventurada ha perdido la razon.... ¡ ha sufrido tanto! La muerte ha destruido todo en torno de ella; no la quedaba en el mundo mas que su hija, ¿cómo ha de poder sobrellevar su pérdida? Y sin embargo, ¡ pobre Sara! ¿quién mas que ella ha merecido las bendiciones del cielo? Quién sabe mejor que ella derramar el óleo y el vino sobre las llagas del que sufre? ¿Quién es mas fiel á la ley que nos ha dejado el Salvador? Ella reza en el templo con las santas viudas; ella gime con los que lloran; ella derrama en el seno del pobre los pocos bienes que Dios la ha dejado, y sin embargo pesan sobre ella los mas inconsolables dolores.

Algunas jóvenes casadas de Ramla, cuya fé no era muy firme, y que estaban llorando arrodilladas, decian:

Si vemos tratada de esa suerte á Sara la Santa, ¿qué podemos esperar nosotras que vivimos entre las delicias de la juventud? El Dios de nuestros padres, era mas justo, continuaban murmurando, porque retribuia á cada uno segun sus obras, y solo castigaba á los culpados. ¿Por qué le hemos dejado?

Y las santas viudas cristianas que lloraban tambien, pero no como los que no tienen esperanza, respondian:

Los caminos de Dios son impenetrables: ¿quién puede conocer sus designios sobre nosotros? Prosternémonos, y hagamos oracion: Dios es el que es, y por ventura, decidnos, ¿no tiene en su mano la eternidad para premiar ó castigar á los que hace pasar aquí en la tierra por el horno de los dolores?

Y las jóvenes casadas respondian con amargura:

Los dolores y las persecuciones son para los discípulos de Jesus crucificado. ¿Quién nos responde de que hemos obrado con cordura en abrazar su culto, y abandonar el que Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, impuso á nuestros padres?

¡ Almas de poca fé! reponian las santas mugeres, ¿habeis olvidado ya los milagros que señalaron la venida del Mesías? Nuestros padres los vieron, y aun nosotras mismos fuimos mudos testigos de ellos en nuestra infancia: muchas de nosotras estábamos colgadas del pecho desecado de nuestras madres cuando el Señor multiplicó milagrosamente los panes en la montaña. Una señal de su voluntad bastó para sustentar á la muchedumbre que le seguia hacia tres dias, tan hambrienta de la palabra divina, que se olvidaba de los

alimentos terrestres. Y los muertos resucitados, y los enfermos restablecidos, y las espléndidas maravillas del Tabor, y los prodigios de la sublime mision del Salvador, ¿nada son para vosotras? ¡Ya titubeais en vuestra fé!....

Entonces las casadas:

Vosotras habeis visto las cosas que creéis; vuestros ojos atónitos han presenciado milagros; pero nosotras ¿qué otra cosa hemos visto mas que peligros y padecimientos?

¡Oh raza de Israel incorregible y grosera! ¿Con qué siempre ha de ser coja tu fé, y no has de poder creer en tu Dios, sino cuando habla á tus sentidos con prodigios? Hagamos oracion, prosternémonos para que el Todopoderoso tienda una mirada de compasion sobre su ingrato pueblo, y disipe su ignorancia.

Y de nuevo se alza el puro incienso de la oracion junto al triste lecho, y de nuevo resuena el himno fúnebre acompañado de gemidos y de lágrimas.

Deslizábase entre tanto la noche, caian las horas unas tras otras en el mudo reloj de arena, y Sara no parecia. Ya el sol iluminaba á lo léjos la cima de los montes de la Judea; levantaba ya la cigüeña su cabeza dormida de debajo de su ala; el gallo cantaba; las lámparas palidecian á los rayos del sol naciente, y solo á largos trechos resonaban ya los cantos interrumpidos.

¿Qué ha sido de Sara? se decian unos á otros en voz baja: ¿volverá?

En cuanto ha podido abarcar mi vista, dijo un mozo labrador de penetrantes ojos, nada he descubierto ni en el campo de Jerusalem, ni en la senda de Jopé.

Gétira, entrando en aquel momento, dijo:

Todavía está oscuro el llano y cubierto de una niebla azulada que la vista no puede penetrar, y de la que no sale ningun rumor. He arrimado el oido al suelo, y ciertamente hubiera notado aun las pisadas mas ligeras: solo una gaza acaba de cruzar el llano con veloces pies. ¿Qué vamos á hacer? prosiguió, acercándose á Anastasia; los sepultureros reclaman el cuerpo para enterrarlo. ¿Te parece que acabemos las exequias ántes de que vuelva Sara?

No, no, dijo Anastasia: el dolor de una madre es sagrado, no consentiré que se viole su mandato.

¿Quién sabe á dónde la ha conducido su delirio, y si la volveremos á ver? dijo una voz.

Los sepultureros murmuran.

Por tercera vez sale el sol desde que murió: un edicto del emperador se opone á que se dilate mas el entierro.

Una hora mas, recemos una hora mas: repuso Anastasia. Y la jóven cristiana empieza de nuevo á hacer oracion, y todos la imitan.

En fin, apénas el viento hubo levantado la niebla como un velo desprendido que se va volando á lo léjos, exclamó un niño:

¡Ahí viene! ¡ahí viene Sara trepando el cerro por la ladera mas escarpada!

¡Ella es, ella es, repiten multitud de voces;— pero no viene sola; un anciano la acompaña.... parece ciego.... apénas puede andar.... ¿Como le sostiene Sara! Ahora se detiene.... ella quiere meterle prisa.... procura levantarle en sus brazos, pero sus esfuerzos son impotentes... se ve que el pobre anciano está rendido.... vamos á ayudarlos á subir la cuesta: el camino es harto áspero para sus débiles fuerzas.

¡Silencio! dice una voz grave: es el santo de la gruta de Ganim.

¡Es el santo! ¡es el santo! repiten otros en voz baja.  
Y pronto circulan entre todas estas palabras: — ¡Es el santo!  
Los que acudían en su ayuda se paran confusos, y retroceden con lentos pasos, volviendo atrás la cabeza para mirar de lejos al anciano y á Sara, que han proseguido su marcha. Una vaga esperanza, unida á un religioso temor, se apodera del ánimo de todos los cristianos.

¿Qué va á suceder? se preguntan entre sí.

Es el hombre de Dios: ha vuelto la vida á mi madre: dice uno.

Ha sanado á mi anciano padre de una larga parálisis; repone otro.

Si hubiera estado con nosotros, dice Anastasia llorando, estoy segura de que María no se hubiera muerto; —yo hubiera ido descalza á pedirle que la sanase; pero los de la ciudad de Damasco habían ido á buscarle para que los libertara de una peste que los desolaba. Muy poderoso es en obras de misericordia; bien lo sabemos todos; — pero ya ¿qué podemos esperar? — Y la doncella prorumpió en amargo llanto.

¿Quién sabe? dijo un anciano octogenario todo lleno de la ciencia que dan los años; ¿quién sabe? repitió meneando su cabeza coronada de una aureola de cabellos blancos como la nieve: el santo conoció en su juventud á Juan, el discípulo amado del Señor; de él recibió la ciencia y la sabiduría durante largas conferencias en las que el uno decía, y el otro escuchaba las maravillas de la vida del Hombre-Dios. ¿Quién sabe las secretas virtudes que habrá podido legarle aquel cuya cabeza se reclinó sobre el pecho del Salvador? Ya se acerca: ¿no os sentís agitados de un santo temblor? A su vista, mis viejos huesos se estremecen, y mi alma está toda conmovida.

Llegaban ya en esto Sara y el santo anciano.

Estaba este encorbado por la edad, y mutilado por el martirio que había sufrido antiguamente con una constancia que había cansado á sus verdugos atónitos, quienes le habían en fin arrancado los ojos con un hierro encendido, y dejándole vivir, creyendo acaso que una vida tan triste sería un suplicio mas doloroso que la muerte; pero él se retiró á la gruta de Ganim, donde se decía que los ángeles iban á visitarle y á unirse á él para cantar las alabanzas del Señor. Por lo ménos es cierto que los que pasaban la noche cerca de la gruta del anciano oían en ella celestiales conciertos. Añadían que las aves del cielo iban á llevarle su sustento. Toda su vida en fin era maravillosa.

Aceleremos el paso, apresurémonos, decía Sara: y, aunque rendido y jadeando, apresuraba el santo anciano su tardo y trabajoso paso.

¡Dios mio! Dios mio! ¿me habrán aguardado? decía la pobre madre. ¿Cuánto tiempo ha trascurrido desde mi partida! ¿La hallaré todavía?

Llegan en fin, entran en la casa, y se acercan al lecho donde todavía reposa la jóven muerta.

¡Cielo santo! ¡cuanto ha cambiado en pocas horas! No es ya la azucena tan pura y tan cándida todavía de la víspera; ahora es la flor marchita de la yerba doncella, cuya vista oprime el corazón. Al verla así, próxima ya á disolverse, arrójase frenética la madre á los pies del anciano, y le dice con voz quebrantada por el dolor:

Ved ahí la hija que me dió el Señor: es lo único que me queda en este mundo, y ahí la teneis sin vida, y pronto será pasto de los gusanos del sepulcuro.... ¡Padre mio, tened compasion de mí!

Hija mia, responde el santo, Dios os la dió, Dios os la quita. ¿No direis conmigo desde el fondo de un corazón todo suyo: Señor, cúmplase vuestra voluntad, y no la mia?

Esta prueba es demasiado terrible, padre mio, y no tengo fuerzas para soportarla. He visto perecer á mi esposo y á sus hijos: la energía de mi alma se ha agotado en sobrevivirlos: Dios exigió de mí aquel gran sacrificio, y le hice.... pero diez y seis años ha que le lloro; y mi valor se ha acabado. Dios ve mi flaqueza, y me compadecerá si vuestras oraciones se lo piden. Padre mio, tened compasion de mí: volvedme mi hija, á fin de que yo pueda todavía bendecir el nombre de Dios. El Señor está con vos; vuestra voz es poderosa cerca de él.... imploradle, padre mio: una palabra de vuestros santos labios puede volver la vida á mi querida hija. ¡Hombre de Dios! ¡santo anciano! ¡padre mio, padre mio, tened compasion de mí! ¡ volvedme mi hija!

Y la pobre madre se revolcaba en el polvo á los pies del siervo de Dios. Hija mia, dijo el santo enternecido en vista de un dolor tan acerbo, hágase para vos segun vuestra esperanza: vuestra fe removeria las montañas, y ella sola podria apartar de vuestros labios este amargo cáliz. Vuestro corazon desfallecido olvida que lo que Dios hace es bueno, pero vuestra fe viva será recompensada: invoquemos al Señor, y os devolverá vuestra hija.

Híncanse todos de rodillas, y quedan en silencio, agitados por un religioso terror; sus cabellos se erizan en la espectacion de lo que va á suceder.

.... El Señor va á manifestar su poderío, decian las santas mugeres cruzando las manos sobre sus pechos.

Dios está con él, decian temblando las de Ramla; ¿ dónde nos esconderemos?

El anciano, despues de una ferviente oracion, se acerca á María conducido por Sara, cuyos miembros todos agita un temblor terrible; y poniendo sus manos mutiladas sobre la cabeza de la doncella, la dice:

María, levántate.....

¡Oh milagro! ¡Milagro!....

A aquella poderosa voz, se alza María de su lecho, pone los pies en la tierra, y todas las flores que la cubrian se esparcen á su rededor. Está en pié.... sus miembros tiesos y yertos parecen obrar bajo el impulso de una voluntad superior que los subyuga, y los obliga á la obediencia. Sus ojos se abren: están mates y fijos.... pero poco á poco se van iluminando como una estrella en el cielo: la vida renace en ellos, y de nuevo resplandece el alma en la espresion de sus miradas....

El matiz amorotado del rostro se va desvaneciendo por grados, y á él sucede una diáfana blancura, en la que ya serpean algunas tintas rosadas. La sangre cuajada en las venas se calienta bajo la mano estendida del anciano, recobra su movimiento, circula, va á colorar los labios y á desleirse en suave carmin sobre las mejillas.

Como un rio helado recobra su corriente á los vivificantes rayos del sol, así la vida se precipita de nuevo en el cuerpo de la vírgen, á la palabra de fuego del anciano: su turgente pecho respira, y la muchedumbre atónita oye exhalarle de él un lánguido suspiro.

¡Milagro! ¡oh milagro! — ¡Dios omnipotente! ¡Misericordia! misericordia!

A aquel espectáculo, un santo terror se derrama sobre todos los corazones.

¡María! esclama la madre arrodillada, trémula y sin aliento. María da un paso como una débil criatura que apenas puede tenerse, y va á caer en los brazos de su madre; y sea espanto, debilidad ó terror, oculta

su cabeza en el seno de Sara, y se estrecha á ella sollozando... Toda entrada en la vida ha de estar acompañada de lágrimas, Dios mio!

Todos se apiñan, se levantan, quieren verla á porfía....

Pero la madre....

¡Oh! ¿Quién puede decir lo que pasa en su alma? Solo un pobre corazón de madre afligida puede comprenderlo.

Sara tenia á su hija fuertemente estrechada á su pecho; y la contemplaba en mudo éstasis; sentiala allí, palpitante sobre su corazón, aquella hija querida á quien habia visto, con sus ojos de madre, sin vida por espacio de tres dias; su alma estaba inundada de una delicia inconcebible, infinita, y que no tiene nombre en la tierra.

Acariciaba á su hija con la mirada, con la voz, con sus labios y con sus manos temblorosas, que apoyaba delirante sobre el corazón de María: — Aquel corazón latia libre y regular bajo su blanda presión.

¡Oh padre mio! exclamó asiendo la falda del anciano y besándola con delirio, ¡cuan grande es Dios! ¡cuan bueno! ¡como bendecir jamas bastante su misericordia! — Luego como aterrada por una ventura tan inmensa, repuso:

Padre mio, padre, ¿verdad que esto no es un sueño? No he perdido la razón.... la que estoy estrechando entre mis brazos es en efecto mi hija.... vive.... respira.... No es una ilusion que ya á desvanecerse... voy á oír su voz idolatrada....

Sosieguese vuestro corazón, dijo el santo; Dios os ha oído.

¡Ah! ¡ojalá os haga el Señor en recompensa gozar eternamente en el cielo una felicidad semejante á la que inunda mi alma en este momento! ¡Oh!.. ¡yo muero de alegría!

Fué preciso sostenerla.... el júbilo hacia estallar su corazón.

Entre tanto la muchedumbre reunida en la casa, hombres, mugeres, niños, ancianos de todas las creencias, de todas las sectas se prosternaron á los pies del santo: todos querian palpar sus vestidos é imploraban su bendición, diciendo: Bien vemos que el Señor está con vos.

El bendecia á los niños, á los ancianos y á la muchedumbre y decia:

Amad al Señor: el Señor es grande y misericordioso.

Luego quiso sustraerse al entusiasmo de la multitud; pero los jóvenes, viendo sus pies mutilados por los tormentos y sus vacilantes pasos, construyeron una camilla con ramas de sauce y palmas entretrejidas que fueron á cortar al llano; estendieron sobre ellas sus vestidos, y le llevaron en triunfo á su gruta al otro lado del torrente. Seguiale la muchedumbre cantando las alabanzas del señor, y todos desde entónces creyeron en un Dios manifestado por tales prodigios.

(Se continuará.)



# HOROSCOPO.

No hay para mí ni oráculo ni magia  
Y a ciegos quiero llevar mi tumba ir.  
Quiero ignorar la suerte que me espera  
Lágrimas porvenir! — ¿con qué?  
No me gustan los cálculos

¿Quién será de los sabios de la tierra  
El que rumbo señale á su destino?  
¿Quién á sus pasos marcará camino  
Por el caos fatal del porvenir?  
Al mirar de las fúlgidas estrellas  
La hermosa multitud ¿quien osaría  
De ninguna decir «esa es la mia,  
Esa es la luz que apagaré al morir?»

## II.

Nadie: elpreciado astrólogo que en vela  
Registrando volúmenes se afana,  
Lo mismo que la estúpida gitana  
Del hondo porvenir penetrará.  
Ya ufano aquel *horóscopo* lo llame,  
Llámelo ya *Buena-ventura* aquella;  
Ni él en sus libros, ni en sus rayas ella  
Con el futuro de los hombres da.

## III.

En vano aquel con crédula porfía  
El vaticinio del conjuro indaga  
Y en vano tienden á la infame maga  
La abierta mano donde nada ve,  
Si en el mágico círculo del sabio,  
O el mapa de la torpe embaucadora  
Un arcano hay recóndito, se ignora:  
Es una historia donde nadie lee.

## IV.

Si hay una estrella que al mortal arrastre  
Hasta dar en su fin paso tras paso,  
Esa estrella á su vez marchará acaso  
Cruzando los espacios al azar,  
Y esa cual todas las que en medio brillan  
Del azul con sus chispas tachonade

Cuando muere el mortal predestinado  
Seguirá su camino sin cesar.



No rasgues para mí tu denso velo  
¡Lóbrego porvenir! — Sea cual quiera:  
Quiero ignorar la suerte que me espera  
Y á ciegas quiero hasta mi tumba ir.  
No hay para mí ni oráculo ni maga  
Que á rumbo fijo mi existencia fuerce,  
Mi voluntad el vaticinio fuerce,  
Y cualquier predicción me hace reir.

VI.

De mi tiempo á través marchó sereno  
Sin mirar al futuro; cual pirata  
Que contempla la mar que le arrebató  
Sin curar de su barco á donde va.  
Y si al cabo borrascas ó enemigos  
Le sorprenden en medio de las olas  
Su destreza los salva y sus pistolas  
O el agua amiga panteon le da.

VII.

Y esa es mi fé: los sabios de la tierra  
No detienen mi rumbo ni un momento,  
Seguro voy á la merced del viento,  
Cuyo inconstante soplo seguiré.  
Yo remolcando en mi barquilla débil  
La indolente fortuna del poeta,  
Sin envidiar el astro del profeta  
Cantando alegre por la mar iré.

VIII.

Tal vez me alcanzarán en mi camino  
Mil orgullosos barcos mas veleros,  
Coronados sus altos masteleros,  
De escudos que el orgullo acumuló:  
Yo los veré pasar de entre las flores  
Que coronen mi mástil, y su gente,  
Vogará mas veloz, mas insolente,  
No mas segura ni feliz que yo.

JOSÉ ZORRILLA.